

SERMON OCTAVO.

De la doctrina de la Iglesia en general; de su materia y de su forma.

EL tiempo ha dado un paso, y os trae de nuevo ante esta cátedra que rodeásteis tan asiduos. ¡ Ojalá que haya conservado en vuestra memoria las verdades que os hemos anunciado! ¡ Ojalá que haya dejado subsistir en ella algunos vestigios! Si Dios nos ha concedido esta gracia, á vosotros, á mí, á la Iglesia, recordad que os expusimos la necesidad de una Iglesia docente, su carácter distintivo, su constitucion, su autoridad moral é infalible, sus relaciones con el orden temporal y su poder coercitivo. Pero esta Iglesia, así conocida por vosotros, posee necesariamente una doctrina; porque si no la poseyese, ¿ cómo habia de ser necesaria su enseñanza? Esa doctrina que posee, no la posee el mundo; porque si el mundo la poseyese, ¿ á qué habia de enseñársela la Iglesia? Tiene, pues, la Iglesia una doctrina suya propia, que posee con exclusion del mundo, con exclusion de la ciencia y de todo poder intelectual que no sea ella misma.

Pero ¿ cuál es esta doctrina? ¿ cuáles son su materia, su forma y sus fuentes? Hé aquí varias cuestiones preliminares que es importante resolver, antes de pasar á la exposicion de esa misma doctrina. A esto consagraremos los Sermones de este año, y desde hoy preguntaremos: ¿ Cuáles son la materia y la forma de la doctrina de la Iglesia? Porque toda doctrina tiene un objeto, á que llamamos su materia, y un método para llegar á este objeto, á que llamamos su forma. Penetrad con respeto en esas grandes vias de la verdad; bien pronto distinguiréis el santuario, y aunque de lejos, sentiréis su presencia.

Cuando el espíritu de las tinieblas quiso tentar por el orgullo al espíritu del hombre, imaginó cuál podia ser el objeto digno de seducirle, y le dijo: *Seréis como dioses, sabedores del bien y del mal* (1).

(1) Génesis, cap. 3, vers. 5.

Tal es, en efecto, Señores, el objeto mas elevado, el objeto supremo del conocimiento; en el fondo de todas las cosas, en su principio, en su medio, en su fin, la cuestion del bien y del mal es la primera y la última que se presenta.

Contemplad al hombre por la parte superior de su sér, es decir, por su inteligencia; fácil es de conocer que la luz es su necesidad mas preciosa. Como dijo Bossuet, el hombre no solo tiene dos agujeros en la cabeza para percibir las cosas exteriores, sino que tiene dentro de sí no sé qué abismo abierto para recibir la verdad que á ella descende: la inteligencia es ese vacío profundo que debe llenar la verdad; allí entra efectivamente, si bien imperfecta, oscura, combatida, mezcla dolorosa de la luz y de las tinieblas. *La luz*, dice admirablemente la Escritura, *resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la comprenden* (1). Cuando la aurora asoma en el mundo, desaparece ante ella la noche; pero aun cuando la luz de la verdad asoma en el entendimiento, no se ahuyentan las tinieblas, sino que resisten y quieren dividir su imperio. Ha dicho un poeta *que el poder soberano no se divide*; esto no es exacto, porque el trono mas magnífico es el del entendimiento, y con la luz lo ocupan las tinieblas; una y otra empuñan su cetro, y nunca le humilla ninguna de las dos sino á medias. Este es un fenómeno inmenso. ¿ Estais ansiosos por contemplar los astros? Sujetais sus movimientos á las inflexibles reglas del cálculo, preveis sus fases y su giro con una precision que parece mandato; os sumergís en el éter, océano sin orillas, y acercáis desde sus profundidades hasta vuestros ojos globos que la naturaleza habia sustraído de vuestra investigacion: ¿ cuán digno es de vosotros este poder, hombres formados á imagen de Dios! Pero ¿ qué hay mas allá del éter? ¿ Qué mano ha desplegado y hace girar allí tantos cuerpos sin libertad, con arreglo á leyes inmutables? ¿Cuál es el término de todo este espectáculo? ¿ En qué momento de la eternidad ha sonado para el mundo movable su hora primera? ¿ En qué momento sonará la postrera? ¿ Hubo un principio? ¿ Habrá un fin? ¿ Que es el éter? ¿ Qué es la luz? ¿ Qué es en sí la sustancia? Así se precipitan las cuestiones, y parece nuestro entendimiento una nave sin mástiles y sin velas, flotando sobre aguas desconocidas. De aquí proviene que vagamos de continuo entre dos extremos: ó no ver en las cosas mas que ilusiones, y negar que exista alguna cosa mas allá; ó bien presumir que

(1) S. Juan, cap. 1, vers. 5.

tras de las cosas se encierran misteriosas realidades. Cuando nos abandonamos á la primera de estas ideas y negamos la verdad, se alza esta delante de nosotros con tanto imperio, que, como dice Pascal, sin desbarrar no podemos desconocer su presencia. Si por el contrario dirigimos nuestras miradas mas allá de las exterioridades y de la apariencia, hallamos oscuridades que nos llenan de espanto; de modo que vamos desde la superficie al fondo, y desde el fondo á la superficie, descontentos de la luz y de las tinieblas, si bien todavía mas descontentos de la primera que de las segundas, porque la luz exige sacrificios de nuestros corazones.

Todas las ciencias, todas las doctrinas propenden á establecer verdades y á disipar errores; pero ¿porqué hay errores al lado de las verdades y con ellas? ¿cómo es tan difícil distinguir los unos de las otras? Invertimos nuestra vida en descifrar este triste enigma; es decir, que nuestro entendimiento se ocupa de continuo en librarse del mal y en apoderarse del bien. Si el mal no existiera, todo se presentaría suficientemente claro, y no habria cuestiones: porque toda cuestion es un mal, por ser una duda. Y si no existiera el bien, todo yaceria en las tinieblas, de tal modo que no se pensaria siquiera en la luz; y tampoco habria cuestiones: porque toda cuestion es una esperanza. Ahora bien, pasamos nuestra vida en agitar cuestiones, y hasta es una cuestion vuestra presencia en este sitio. ¿De dónde proviene esto? ¿Quién nos explicará esa asombrosa mezcla del bien y del mal en nuestro espíritu? Antes de ocuparnos de ninguna ciencia particular, ¿quién nos da la ciencia general de la verdad y del error?

Si desde el entendimiento descendemos al corazon del hombre, parece que allí debería residir nuestro reino, un reino sin confusion. La luz de la inteligencia no somos nosotros, es un presente que nos viene de fuera; pero nuestra voluntad somos nosotros mismos, y el corazon es el centro de nuestra libertad moral; y de consiguiente allí encontramos el bien y el mal en el mismo vaso. En el entendimiento el bien era la luz, y el mal las tinieblas, aquí el bien es la virtud, y el mal es el delito: ¿negaréis que entre el delito y la virtud existe una diferencia? Yo acudiré á la primera escuela que me ocurra; abriré al acaso uno de esos pequeños libros que se ponen en manos de niños de diez años; lo abriré al acaso por el principio ó por el fin, y os leeré un historia de moral; no quiero otra prueba para que distingais en la emocion involuntaria de vuestro corazon la diferencia que existe entre la virtud y el delito.

Pero si teóricamente no podemos desconocer que existe dentro de la voluntad una lucha entre el bien y el mal, ¿no podríamos fijarnos en el uno ó en el otro y poner término á la lucha? ¿no podríamos establecer el dominio de la virtud en nuestra alma, ó el dominio del vicio? Ni uno ni otro, Señores; despues de muchos años invertidos en el ejercicio del bien, todavía experimenta el santo en su corazon el interior combate, y conoce que el mal se agita allí bajo un techo que no ha cesado de ser el suyo. Y al revés; imaginad un hombre que haya subido todos los escalones del crimen; atribuidle en vuestro pensamiento las acciones mas horrorosas que puedan concebirse: vedle que duerme, y se cree al abrigo del bien para siempre, y no tiene, ó cree no tener remordimientos ni conciencia; pero un dia, como en el sueño de Nabucodonosor, una piedra desprendida de la montaña viene á destrozar el coloso de piés de barro; un dia sin causa aparente se formará en su corazon desesperado una lágrima; ascenderá á lo largo del corazon, pasará por caminos que Dios ha trazado para ir hasta sus marchitos ojos, y correrá por sus mejillas; esa sola lágrima le habrá revelado la verdad, y héchole rendir tributo al bien. Y mientras el vulgo cree leer todavía en su frente humillada los signos de la reprobacion, ya se han bajado los cielos, y Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, la Virgen inmaculada, todos los ángeles y santos, y todos los coros celestiales acuden á ver á un pecador que hace penitencia, y cuya salvacion les regocija mas que la de noventa y nueve justos, que no tienen necesidad de arrepentimiento.

Así no hay paz en el crimen, ni paz completa en la virtud: son-dead vuestras almas, y ved si no encontrais en ellas el bien y el mal en perpetua lucha: investigad; sois impotentes para sustraeros de ella. Cada hora combate á otra hora, un minuto á otro minuto, un pensamiento á otro pensamiento. Decid, ¿no sois exactamente la imágen que trazo? ¿miento por ventura?

No, no he mentido. Pero despues de estas incertidumbres del corazon y del entendimiento, ¿podrá encontrarse al menos en lo demás alguna consistencia? Parece que Dios ha hecho un milagro para que así no sucediese. Ha unido nuestra alma incorruptible á un cuerpo, como si no debiéramos estar solos en ninguna parte; la ha unido á un cuerpo que muere cada dia, y lucha contra su vida inmortal. Y lo que mas aterra, es que debe triunfar la muerte; y al fin vencerá, al menos en lo exterior, porque para nosotros, cristianos, el momento de la muerte es el triunfo del alma y de la inmortalidad.

En ese momento supremo se reproduce la cuestion del bien y del mal mas fuerte y mas apremiante que nunca. Pero al menos, mas allá de este momento ¿ queda terminada? ¡ Gran Dios! ¿ queda terminada?

Mas allá, no, no queda terminada.

Hasta aquí solo hemos asistido á un espectáculo pasajero; es un combate que tiene sus intervalos de reposo, es un campo de batalla en que el sol asoma en Oriente y descende á su ocaso. Pero despues de ese momento, en que parece que los elementos del bien y del mal han debido dividirse, descubro ¡ ay! que se agranda el abismo: parece que empieza entonces, y veo el siempre del sér y el siempre de la nada: una vida eterna ó una muerte eterna. Se echará, como dice Pascal, un poco de polvo sobre vuestra cabeza, y allí quedará para siempre: para siempre os aguardan los gusanos del sepulcro, ó para siempre una transformacion gloriosa. Hablo aquí como filósofo, pues como cristiano sé que todos viviremos eternamente; pero hasta en el cristianismo el orden final se compone de una vida y de una muerte eternas, porque hay una vida que es una muerte; y por eso, ya discurremos como cristianos, ya como filósofos, siempre descubrimos allende del sepulcro el bien y el mal sin medida: ¡ tal es el hombre!

Si volvemos nuestras miradas hácia la sociedad, encontramos en ella las mismas divisiones. Al menos dentro del hombre, el entendimiento, la voluntad y la vida no tenían que luchar sino consigo propias; dentro de la sociedad los entendimientos luchan con los entendimientos, las voluntades con las voluntades, los imperios destruyen los imperios, y las generaciones parecen ahogarse en el espacio. Y todo esto se opera, no solo para alcanzar bienes presentes, sino tambien para alcanzar bienes eternos. Quieren unos que se establezca todo para guiar á los pueblos á la eternidad; otros execran este objeto: y así la sociedad que se ha instituido para la paz, para que cada cual tenga su parte de aire, de sol y de vida, para impedir la opresion, para unirnos estrechamente, para hacernos merecer los bienes presentes y futuros, esa sociedad no es mas que una desolacion, una division irremediable.

Asunto es de serias meditaciones que desde que el cristianismo ha venido al mundo, desde que existe la Iglesia, esa division se ha aumentado: los hijos de las tinieblas y los de la luz se han perseguido con un encarnizamiento nunca visto. Al menos en el paga-

nismo habia cierta especie de armonía; se respetaban los mismos altares, y los filósofos no insultaban la fe de los pequeños. Aquellos grandes y sublimes genios, Sócrates, Platon, Ciceron, decian que convenia obrar como la multitud, en vez de desacreditar sus creencias y de imponerle doctrinas para ella incomprensibles. Pero entre nosotros los cristianos, cuando hemos tenido altares santos, un Evangelio puro, un clero fiel á sus deberes, un tesoro de ciencia y de caridad divinas, en ese momento mismo se han formado conspiraciones contra los altares, ha comenzado la lucha del imperio con el sacerdocio para llegar despues de largos tiempos á la anarquía que hoy existe.

Por otra parte, la naturaleza es tan poderosa que nos confunde. Si uno de vosotros permanece en este sitio, y otro se traslada á la extremidad opuesta del diámetro de la tierra para mirar una misma estrella, las líneas que partan de los ojos de esos dos espectadores entre sí tan distantes, dirigiéndose á la estrella, no trazarán mas que una sola línea; de modo, que ante estos espacios del cielo nada significa una distancia de 3,000 leguas. Pues bien, esa naturaleza tan poderosa y tan rica ¡cuán pobre ha sido para nosotros! ¿Tenemos todos bastante luz, aire y calor? Millones de astros hay que podrian darnos ese calor que nos falta, y dentro de esta ciudad hay manos que no le han sentido en cinco meses: ¡qué prodigalidad y qué avaricia!

Ved aquí, pues, al hombre, la sociedad, la naturaleza; donde quiera hemos encontrado esa cuestion del bien y del mal. Y ahora os pregunto: ¿teneis la ciencia del bien y del mal? ¿la tiene el mundo? ¿se ha cumplido aquella palabra de la serpiente: *Sereis como dioses, sabedores del bien y del mal?* ¿Poseeis el secreto de la verdad y del error, de la vida y de la muerte, de la virtud y del delito, del establecimiento y de la ruina de los imperios, de la vida y de la muerte eterna? ¿Lo poseeis? Si alguno lo posee, le conjuro que se levante y lo diga.

Meditadlo: no se conoce una cosa si no se conoce su causa, su naturaleza y su fin, es decir, si se ignora de dónde procede, dónde existe y adónde conduce. ¿Conoce el mundo por sí mismo la causa, la naturaleza y el fin del bien y del mal? Si pregunto cuál es la causa misteriosa que produce tan cruel oposicion entre los elementos diversos de nuestra existencia, unos me responden por el panteismo, otros por el dualismo y otros por el deísmo. Si pregunto cuál es la naturaleza del bien y del mal, unos me dicen que todo es indife-

rente en sí, ó que no hay justo ni injusto, ni bien ni mal absoluto; que llamamos bien á lo que nos es útil, y mal á lo que nos es dañoso; que de este modo una misma cosa puede ser bien ó mal relativamente á diversas personas. Otros piensan que antes del establecimiento de las sociedades humanas no habia ni bien ni mal, sino que despues han resultado de las leyes positivas. Reconociendo otros la diferencia del bien y del mal, colocan en la clase de bien lo que otros en la clase de mal, y vice versa. Por último, si aspiro á saber cuál será el fin de esta terrible lucha, si medito en los destinos del hombre así combatido por una tempestad incomprensible, la ignorancia y la confusion de las ideas del mundo se muestran entonces con mas claridad. Nace un hombre: ¿ será feliz ó desdichado? ¿ bueno ó malo? Lo ignora el mundo. Se funda un imperio: ¿ cuánto durará? ¿ cuáles son las probabilidades diversas de su duracion ó de su ruina? Lo ignora el mundo. Se enciende una guerra: ¿ quién saldrá victorioso, y quién quedará vencido? Lo ignora el mundo. Se posa una golondrina sobre un tejado: ¿ adónde va? Lo ignora el mundo. Cae una hoja: ¿ dónde irá á parar? Lo ignora el mundo. Si el mundo no conoce el destino de un cabello, ¿ cómo ha de conocer el destino del género humano?

¡ Oh! contemplémonos á nosotros mismos, y recordemos en nuestra mente el prodigioso misterio de nuestra vida. ¿ En qué estado nos hallamos respecto de la verdad y del error? ¿ Cuántas cosas creimos verdaderas que ahora nos parecen falsas, y cuántas creimos falsas que ahora nos parecen verdaderas? ¿ Quién será capaz de decirnos lo que nuestro entendimiento será mañana? ¿ Y en qué consiste que nos hayamos dirigido á la derecha ó á la izquierda? ¿ Y nuestra vida? Desde Adán ¿ cuál es su historia? ¿ Cuáles nuestros padres? ¿ Dónde y cuándo moriremos? Tal vez esta noche ó mañana; lo ignoramos. ¡ Y nuestro corazon! ¡ Ah! aquí es donde especialmente nos llena de amargura la consideracion de nosotros mismos, y donde se nos presenta el abismo del bien y del mal en toda su latitud y en toda su profundidad. ¡ Qué mezcla tan maravillosa de acciones buenas y malas, de pensamientos odiosos y sublimes, de sacrificios y de egoismo! ¿ Somos ángeles ó demonios? ¡ Tambien es un maravilloso caos la sociedad donde vimos la luz primera! Ha rodeado nuestra cuna el rugido de la tempestad; hemos pasado á través de mil opiniones contradictorias. Dicen unos que todo muere, otros que todo nace; unos que entramos en un porvenir nuevo, otros que repetimos tristes y antiguas tragedias. Y

por último, para coronar la obra, ¿ hemos adoptado nuestro partido acerca de nuestra suerte eterna? ¿ Sabeis, jóvenes de este siglo, dónde estaréis en el siglo de lo inmutable y de lo infinito? Contemplad estos muros: los construyera una fe ardiente; á vosotros os devora la duda. Y sin embargo me dirijo á criaturas racionales, á los reyes de la creacion, á la obra maestra de la naturaleza, y nada es comparable á su grandeza mas que la ignorancia de sí mismos, y el misterio impenetrable en que yacen sepultados. Todo lo saben, excepto lo que son.

Pues bien, voy á anunciaros una fausta nueva, y es que existe esa ciencia que no posee el mundo. Existe; porque ¿ cómo el Autor de las cosas habria dejado á su criatura en una ignorancia y una incertidumbre tan impropia de su naturaleza? Existe en el mundo, aun cuando no proceda del mundo; la Iglesia, esa autoridad sin par, cuyo bosquejo os he trazado, es su eterna depositaria. Su doctrina es la doctrina de los destinos, la doctrina del bien y del mal. Ella nos enseña que hay un Dios, autor de todo bien, y un espíritu soberbio voluntariamente caido, que es el origen de todo el mal visible é invisible; y por último, que el hombre, sér libre, capaz del bien y del mal, propende á unirse á uno de estos dos principios. Tal es la materia de la doctrina sagrada de la Iglesia, que se puede definir: El conocimiento de Dios, que es el soberano bien, y del demonio, que es el soberano mal, en sus relaciones con el hombre, que propende á unirse eternamente, ó á Dios por el bien, ó al demonio por el mal.

No solo toda doctrina tiene una materia, un objeto á que aplicarse, sino tambien una forma, es decir, un modo de llegar á este objeto. El hombre no puede alcanzar el objeto de su pensamiento sino por dos vías, por la de la ciencia ó por la de la fe. La ciencia es la revelacion de las cosas por la evidencia y la demostracion; la fe es la revelacion de las cosas por el sentimiento y por el testimonio. La ciencia no se dirige mas que al entendimiento; la fe penetra en él pasando por el corazon: la ciencia rige la naturaleza y la sujeta á nosotros; la fe es la que gobierna la sociedad; porque el hombre ve la naturaleza, y no ve el corazon de sus semejantes. Ahora bien; ni la ciencia, ni la fe, tomadas en sí mismas y en su fuerza nativa, bastan á explicarnos el misterio total de las cosas. Llega un momento en que la ciencia no ve; tambien hay un punto en que la fe, hablo de la fe natural, no puede pasar mas adelante por falta de un apoyo sólido en que fijarse. Así á la orilla de los mares, cuando habeis llegado á despedir una embarcacion que conduce á personas de

vuestro afecto, la seguís por largo tiempo con la vista; y cuando desaparece á vuestros ojos, no os apartáis mentalmente de ella, aunque ya no la distinguen vuestras miradas: sabeis bajo qué cielo flota, y el puerto á que se dirige. Y cuando hasta vuestra mente se confunde, cuando el mapa se os cae de las manos, cuando ha trascurrido largo tiempo desde la partida, cuando ignorais qué vientos la empujan y qué escollos la esperan, vuestra alma la sigue todavía, como adivinando, hasta el momento en que todo os falta á la vez, y en que caeis adormecidos en el sueño que es el último término de nuestra facultad de conocer y sentir. Así se agotan una en pos de otra la ciencia y la fe en la especulacion puramente humana de los secretos del universo. La ciencia nos afirma la existencia de lo infinito y de lo eterno; los señala en una esfera superior á todos los seres posibles, columbra sus puertas y en ellas toca, pero no las traspasa. ¿Se contendrá el hombre? ¡Ah! desengañaos. El genovés Colon habia descubierto un mundo en su mente; en vano se le pintaba como inaccesible; en vano se multiplicaban los obstáculos ante su perseverancia: no cesó de proseguir su empresa hasta que le dió feliz remate. Así, sobre las cosas visibles, se alza el mundo de lo infinito; es desconocido, pero está descubierto, y el hombre no lo abandonará jamás. A cualquiera que le parezca venir de lo alto, le preguntará: ¿traes noticias de lo infinito? Y se lanzará á él por la aspiracion del sentimiento, aceptará su sordo y profundo testimonio, y se librará del racionalismo por el misticismo.

El racionalismo, esfuerzo extremado del raciocinio, el misticismo, esfuerzo extremado del sentimiento, enemigos mas bien que rivales, se insultan, lejos de auxiliarse é ilustrarse.

Dice el racionalismo: ¿Qué es el creer cuando no se ve? ¿cómo alcanzar lo que no se sujeta á la investigacion del entendimiento? Respondeis que por el testimonio del corazón; pero por mas que honreis vuestros delirios y vuestros deseos con un nombre cualquiera, ¿dejarán de ser delirios y deseos?

El misticismo levanta la cabeza y replica: Lo infinito existe: ¿creéis, por ventura, encerrarme en lo finito, como en una Santa Elena rodeada del Océano? Yo que sé que no soy mas que un punto cuya circunferencia es lo infinito, ¿permanecería cautivo en mi soledad y en mi nada? Verdad es que no tengo mapa ni brújula para tomar rumbo seguro hácia esas riberas lejanas; todo se reduce á que la travesía sea mas larga, mas difícil y mas sembrada de escollos. Y estad prevenidos, no sea que al querer sacar deducciones por el

raciocinio absoluto, deduceis lo que yo sobre lo infinito, y falleis sin ver: porque una de dos cosas; ó lo infinito es todo para nosotros, ó no es nada. Ahora bien, si vosotros no lo veis, ¿con qué derecho podeis afirmar que sea todo ó nada? Elegid á vuestro gusto, decid sí ó no, y siempre seréis místicos. ¿Alegaréis acaso que vacilais en la duda? ¿Y sabeis lo que es la duda? Es afirmar la posibilidad del sí ó del no, pues no podriais dudar si el sí ó el no no fuesen posibles. Afirmais la posibilidad del sí y del no en un asunto en que careceis de vista: luego sois doblemente místicos.

Ved aquí en lucha á esas dos potencias; ni la una ni la otra podría triunfar. El racionalismo ha perdido á la humanidad por la duda, que parece su término natural; el misticismo la ha conducido á la supersticion. Dos veces ha reinado el racionalismo en el antiguo mundo, en los tiempos de Pericles y de Augusto, y dos veces ha desarmado al entendimiento humano. Su reaparicion en Europa, tres siglos há, ha producido nuevamente el mismo resultado. Por lo que hace al misticismo, su historia es menos ruidosa, y natural era que así sucediese. Hombres preparados en el silencio y en la contemplacion sacaban de su soledad interior afirmaciones dogmáticas sobre Dios, el alma y el porvenir; iniciaban lentamente á algunos discípulos en sus misteriosas especulaciones; y aquellas doctrinas favorecidas por la sombra, pero tambien desprovistas de un proselitismo ardiente y comunicativo, acababan por espirar debajo de tierra, ó por abortar en un ensayo de vida pública. Pocos años hace, Señores, habeis visto al misticismo acometer en esta capital una notable tentativa. Sobre las ruinas que el racionalismo habia amontonado en derredor vuestro, hubo hombres de talento que experimentaron la necesidad de volverse hácia la fe; pero en vez de mirar á la santa cruz, en cuyo derredor se agolpa la multitud de los verdaderos creyentes, quisieron elevarse por su propio vuelo á la region de los misterios, y osados en el deseo de edificar, como lo habian sido en el furor de destruir, tuvieron el valor irreflexivo de enarbolar el misticismo en medio de la capital de Francia. Ignoraban que el racionalismo puede muy bien consumir su obra á la luz del dia, porque para destruir no se necesita mas que la insolencia de un rudo ataque; mientras que el misticismo, aspiracion desprovista de unidad, y por consiguiente incapaz de fundar un gran monumento, necesita de sombra, de silencio y de retiro, para ejercer su poder en el corazón del hombre.

En suma, Señores, el hombre por sí era impotente ante el pro-

blema de su naturaleza y de sus destinos. Su ciencia, fundada en una evidencia harto limitada, su fe en un sentimiento harto inseguro, no eran suficientes para consumir la obra emprendida; el tentador primitivo le habia engañado, diciéndole: *Seréis como dioses, sabedores del bien y del mal*. Su yerro consistia en creer que los dos términos que constituyen el misterio universal, á saber, lo infinito y lo finito, Dios y el hombre, podian unirse sin un mediador que los aproximase, y en que hubiese proporción y reciprocidad. Esto era imposible. El racionalismo y el misticismo no eran mas que el esfuerzo de lo finito para hacerse dueño por sí propio de lo infinito; es verdad que empleaba los dos poderes destinados á este efecto, la evidencia y el sentimiento, la ciencia y la fe; pero eran dos potencias admirables para cooperar con Dios, insuficientes para operar por sí solas. Se necesitaba que lo infinito diera de sí testimonio á la una y á la otra: esto es lo que hizo en el día de la creacion; esto lo que no ha cesado de hacer en toda la serie de las edades; esto lo que ha hecho nuevamente de un mundo mas completo por Jesucristo, á la vez Dios y hombre, reuniendo en sí las dos extremidades del sér, mediador único y universal, medio de nuestra ciencia, objeto de nuestra fe, fuera del cual todo queda inexplicable y oculto. *Yo he venido al mundo*, decia á Pilatos, representante del racionalismo y del misticismo, *yo he venido al mundo para dar testimonio á la verdad* (1). Este testimonio brillante y profundo lo ha cambiado todo: el Verbo eterno se hizo carne, y habitó entre nosotros: bajo una de sus fases estuvo dotado de la mas alta visibilidad científica, á fin de ser conocido con evidencia; bajo otra ha permanecido oculto, á fin de que siendo un objeto de fe, fuese tambien objeto de un sentimiento delicado y afectuoso, pero de un sentimiento en que fuera tan grande el ardor como la certidumbre.

Posee, pues, la doctrina católica una doble forma: la forma de la ciencia y la forma de la fe: no es ni una ciencia absoluta, ni una fe pura y sencilla: ve y no ve; demuestra y se subyuga; es luz y sombra, semejante á la nube milagrosa que alumbraba á los hijos de Israel, á la par que cegaba á sus enemigos. ¿Le exigís hechos? os citará los hechos mas grandes del mundo. ¿Le exigís principios? os los mostrará tales, que resaltarán hasta en lo mas profundo del entendimiento, y abrirán allí anchas vias. ¿Le exigís sentimientos? llenará vuestro corazon agotado. ¿Le exigís el signo de la anti-

(1) S. Juan, cap. 18, vers. 37.

güedad? lo posee. ¿La fuerza de la originalidad? se ha levantado mas de mañana que vosotros, y os sorprenderá por su juventud. Pero una vez iluminados, conmovidos, arrebatados por ella, ¿querrá cada uno de vosotros arrancar el velo que oculta parte de su majestad? Entonces os hará caer en tierra, diciendo: Adora y calla.